

ciones, apareció EL SILLABUS; esa afirmación de la verdadera doctrina social, que, por sí sola, bastaría para inmortalizar un reinado. La jerarquía católica, restablecida en Inglaterra, y en los Países Bajos; la aprobación de numerosos institutos religiosos de reciente creación; los ciento y dos decretos de beatificación y de canonización; la creación de ciento ochenta y ocho nuevas sedes arzobispales, episcopales, vicarías ó prefecturas apostólicas; el desenvolvimiento dado á las Misiones en las naciones infieles; la creación en Roma de los seminarios Pio, Frances, Americano del Norte, Americano del Sud, y Polaco; la multiplicación, por centenares, de institutos de segunda enseñanza y primaria, dirigidos por congregaciones religiosas; las numerosas Encíclicas para estimular el celo de los pastores y de los fieles, señalar los peligros, refutar los errores; las conmovedoras Allocuciones pronunciadas en cien Consistorios; las Cartas llenas de firmeza apostólica, dirigidas á los potentados, recordándoles sus deberes para con la Iglesia católica; el valor que resiste á las invasiones de la fuerza brutal; el sacrificio, que le tiene cautivo bajo la dominación del despojado, para ahorrar al catolicismo mayores desgracias: tales son los monumentos que la historia eclesiástica apreciará para decidir, que título convendrá dar á Pio IX.

Por lo que á nosotros toca, confesando, desde luego, nuestra insuficiencia para coronar dignamente este rápido bosquejo, que

acabamos de hacer de la vida de Pio IX, creemos acertado reproducir aquí sus propias palabras, llenas de sublime abnegación, que, en un reciente discurso, dirige al divino Salvador:

«¡Oh Jesús mío! la Iglesia es obra vuestra. Romped las cadenas con que se pretende sujetarla; adornada con vestidos de gloria. Sé muy bien, que ella es militante; pero también sé, que ha de vencer; sé muy bien, que debe luchar; pero también sé, que ha de triunfar. Descienda de lo alto vuestra bendición sobre vuestra Iglesia; y Vos, «¡oh Jesús mío! sostened el débil brazo de vuestro Vicario, que os ofrece de nuevo su vida, si ella puede aplacar vuestra indignación; y ciertamente será aceptable este sacrificio, por cuanto yo uno mi humilde ofrenda con el precio infinito de vuestra preciosa Sangre.

«¡Ah, Señor! que vuestra bendición fortifique á los débiles, y les dé fuerzas para resistir á los ataques; á fin de que no sean vencidos por los artificios del enemigo; pues vos purificais la Iglesia en el crisol de la tribulación, para hacerla más fuerte y más gloriosa.

«Dignaos, Señor, hacer, que brille pronto el día del gozo y del triunfo!»

Y.

(*Journal de Florence*, del 7 al 21 de mayo 1874.)

LOS CATÓLICOS Y EL PAPA.

A. M. DAVID URQUHART.

Me reconozco francamente vuestro devoto: en el mes de junio último, recibí los opúsculos y la carta, que tuvisteis á bien remitirme: he leído los opúsculos; mas la dirección del *Journal de Florence*, absorbe de tal modo todo mi tiempo, que solo descuidándola, podría contestar á las muchas cartas que recibo; hé ahí, caballero, la única razón de mi demora en responder á vuestra carta.

Mas, no por eso, os estoy ménos reconocido, pues considero como bienhechores míos á todas las personas, que se dignan trasmitirme sus consejos, opiniones, y aún críticas; y les agradeceré que continúen siempre practicándolo, mostrándome así el interés que por mí se toman: nada de lo que me escriben se pierde; y cuanto hallo de útil en sus comunicaciones, ve la luz en mi diario. Este es, mi modo de responder y de agradecer.

La carta que me dirigisteis en el mes de junio, y que ahora me enviáis impresa, la publico, para que los lectores saquen provecho de las excelentes cosas que contiene. Me he permitido añadir algunas notas, lo cual os probará la consideración que me merecen vuestros escritos.

Apruebo vuestras ideas, caballero, aunque no tencisninguna necesidad de mi asenso, desde que os habeis hecho digno de la aprobación de una autoridad, que vale cien mil veces más que la mía: la del Santo Padre. Pero en vez de seguirlos yo á vos, en la senda que me indicáis, permitidme os invite á que vos, por el contrario, me sigais por la mía: os expondré las razones:

Los males, que deplorais, deben su origen

á la dominación que la secta ha impuesto al mundo. Toda vez que la masonería se ha quitado la máscara, nos encontramos en su camino colocados en batalla, prontos á combatir; y no lo dudeis, será vencida sin esfuerzo alguno, porque con nosotros está Dios. Entonces tendré el honor de colocarme á vuestro lado, para ayudaros en la reconstrucción del edificio cristiano, que la secta ya casi ha demolido.

La necesidad, más urgente del momento, es conocer la secta, para separarnos de ella. He aquí la obra inmensa á la cual me he consagrado, y por esta obra, y en su nombre, me atrevo á invocar el concurso de vuestra experiencia, de vuestro talento, de vuestra devoción á la causa de la verdad. Los enemigos de la Iglesia y de Jesucristo están en nuestro campo, se mezclan con nosotros, y nos arrastran consigo hacia el abismo. Es preciso, pues, que la separación de los buenos y de los malos se realice, y pronto; hé ahí el primer paso hacia la restauración del orden social cristiano.

Los cristianos ofrecen el triste espectáculo de un vasto campamento de ciegos, que pretenden combatir contra gentes dotadas de vista excelente. Los cristianos dirigen sus golpes al acaso, y no hieren donde debieran herir. Nuestros enemigos se regocijan, y adelantan cada día sus obras de demolicion. Ayudadme, caballero, á abrir esos cerrados ojos, y Dios os concederá todas las bendiciones, que yo os deseo.

Vuestro afectuoso y humilde servidor,

J. E. DE CAMILLE.

Señor Don J. E. de Camille.
Florence.

Carstairs, 5 de junio 1874.

Caballero;

Ha llamado mucho mi atención vuestra carta, al Santo Padre, publicada en el *Journal de Florence* del 26 de mayo último. He meditado, sobre todo, la súplica que dirigís al Papa, para que convierta sus consejos en preceptos formales.

Citais en vuestra carta tres de esos consejos: El primero, que los católicos se asocien estrechamente; el segundo, que desechen los malos periódicos; y el tercero, que reclamen la libertad de educar á sus hijos en la fe de Jesucristo.

Me permitiréis, ahora, caballero, llamar vuestra atención, sobre ciertas palabras, con las que el Santo Padre, ha indicado otras cuestiones, que interesan también á la salvación de su rebaño; cuestiones, que tocan muy de cerca á los consejos, que vos habeis citado, y, además, encierran otras verdades de la mas alta importancia.

Acabo de publicar un folleto (1) en el que he tratado de demostrar, por la historia, toda la verdad contenida en las palabras siguientes, que se encuentran en un breve del Papa, dirigido á M. Luciano Brun, y á otros diputados franceses:

«EL ORIGEN DE LOS MALES PRESENTES RECONOCE POR CAUSA EL EMPLEO PERVERSO DEL PODER Y DE LAS ARMAS.»

Os envío, caballero, este folleto (*las cuatro Guerras*), rogándoos lo leáis y meditéis, tanto por el gran interés de las cuestiones que en él se tratan, como por las luces que contiene, y que no hallaréis en otra parte. (2) A este folleto, añado otros dos, en los cuales, y en cada uno de ellos, os recomiendo un pasaje importante. En la *Desolacion de la Cristiandad á consecuencia de la sustitucion de la familiaridad á la urbanidad*, podéis leer, en la página 100, un pasaje, que empieza así: «De qué os sirve ser católico, si no aceptais las palabras del Papa?» (3) y

(1) Las Cuatro Guerras de la Revolución.

(2) Lo he leído, en efecto, y he visto en él una infinidad de cosas utilísimas y dignas de ser conocidas.

(3) Que esta verdad, por lo mismo que nos viene de un protestante, haga, que muchos

en el folleto: *Restablecimiento del Derecho Canónico*, en las páginas 74 y 73, podéis leer, igualmente, el pasaje, donde muestro el contraste que presentan las circunstancias de nuestros tiempos (es decir, el tiempo en que se reunió el Concilio Vaticano) con las circunstancias de las épocas, en que fueron lugar los demás Concilios.

Debo deciros, que si el Papa no ha hablado públicamente de esas materias, no existe duda alguna en cuanto á sus sentimientos. En primer lugar, puedo citaros, las palabras que se dignó dirigirme, en Roma, en el mes de febrero 1870, precisamente á mi, que no soy católico, cuando, poniendo su mano sobre dos de mis folletos (uno era, el *Llamamiento de un Protestante al Papa*, publicado en 1868, y el otro el *Derecho Canónico*, que os he enviado), me dijo: «Lo he leído, comprendido y aprobado todo. Dios os ha inspirado conocimientos exactos acerca de las materias más importantes.»

Puedo hablaros, además, de lo que sucedió en el Concilio, respecto á poner otra vez en vigor el Derecho Canónico, acerca de la guerra, puesto que no es preciso ya guardar secreto, despues de publicado, en los *Estudios religiosos* de los Padres Jesuitas, un trabajo (1), que habla del indicado Derecho.

El *Postulatum* propuesto al Concilio para que se ocupase de esta cuestion, lo firmaron casi todos los Obispos de Oriente, y el mayor número de los de Occidente; por unanimidad lo aceptó la comision de los *postulata*, y el Papa, lo acogió con regocijo, devolviéndolo luego al Concilio.

Antes de la época del Concilio, el Papa habia dispuesto se me dijeran estas palabras: «Nada puedo hacer en punto á esa materia (restablecimiento del Derecho de Gentes), mientras no sea invitado á ella de afuera:» lo que significa, á mi parecer, que él no puede hablar más claro, sin tener antes la seguridad de ser comprendido.

Atentado con la aprobacion del supremo Jefe de vuestra Iglesia, que, único entre todos los soberanos, mantiene en su propia persona el derecho sagrado, de que os hablo, me

católicos, que quizá ni siquiera la comprendan, se reconcentren en si mismos.

(1) La Restauracion del derecho de gentes, por el P. Enrique Ramière, Lyon, 1873.

atrevo, caballero, á invitaros, á que trabajéis para colmar el deseo expresado por el Papa, cuando dice: «Yo debo ser invitado á ello de afuera.»

Veo por vuestra carta, que os hallais animado de un ardiente celo por la fe cristiana, y de un acendrado afecto al Santo Padre. Así, pues, á vos, que sois cristiano y católico os dirijo, esa invitacion: Vos habláis con tristeza, y hasta indignado, de la indiferencia de los católicos; opinais, y con razon, que el peligro para la Iglesia y para la sociedad, proviene de esa indiferencia, y, por lo mismo, no puedo ménos de llamar vuestra atencion sobre lo que voy á deciros: entre vuestros correligionarios hay, con motivo de esas cuestiones, no solo suma indiferencia, sino tambien completa ceguera; y su indiferencia contribuye muchísimo á esa ceguera. La fe cristiana exige necesariamente, que la ley de Jesucristo sea observada en todo (1). Pero ellos no quieren, que esta ley se aplique á las cosas del mundo, ni que el perjuicio que causa el pecado, sea, para todo hombre, tanto mayor, cuanto obra ménos conforme á esa ley, tratándose de grandes asuntos, sino solo cuando se trata de asuntos de poca importancia. La Religion agoniza, la sociedad amenaza ruinas, porque los cristianos no observan los diez mandamientos en los asuntos públicos, sobre todo, en materia de paz y de guerra. Toda la cuestion se resume en la obligacion de no declarar la guerra, sino en virtud de un decreto público, fundado en una decision judicial. Hé ahí precisamente la idea, que no puede penetrar en una alma moderna.

Cuando en Roma, los Obispos, durante el Concilio, me hablaban de decretos acerca de esa materia, me decian ordinariamente: «Nuestro deber es promulgarlos; tememos, empero, y lo tememos mucho, que no queden despues sin efecto.» A lo que yo les respondia: «Cumplid siempre con vuestro deber: los resultados vendrán despues.»

Tengo una larga y penosa experiencia de la diplomacia, de la cual depende, en nuestros desgraciados dias, la salvacion ó perdi-

(1) ¡A quién lo decís, caballero! Vos predicais á un convertido. Permittedme solamente expresaros mi satisfacion, viendo á un protestante, venir en mi auxilio, sobre un punto tan esencial.

cion de las naciones, y la cual, cuando es malconducida, produce la ceguera moral y la injusticia, en las que aceptan, como regla, cuando disponen sus gobernantes. Pues bien, yo os digo, caballero: la Iglesia, pronunciando su fallo sobre esas materias de la mayor importancia, no solo cumplirá con un deber sagrado, sino que su decision será el mejor medio (el medio verdadero), de recobrar la direccion de los grandes intereses, que, en otro tiempo, le estaban confiados. Salvando á las almas, la Iglesia se salvaria á si misma, como poder temporal; y salvaria, al mismo tiempo, á la Cristiandad; y al mundo entero (1).

Entremos ahora en la cuestion de la ensenanza: en esta cuestion me separo de vos, caballero, porque yo no creo sea suficiente el que «200,000 votos pidan la libertad de ensenanza para sus hijos» puesto que esos 200,000 cristianos, no saben todavia cómo educar á sus hijos, en la plenitud de la ley cristiana, y de los preceptos evangelicos (2).

Es preciso enseñar al niño, cómo ha de observar este mandamiento: «No matarás;» y no dejarle llegar á la virilidad en la creencia, de que este precepto no prohibe en manera alguna las grandes matanzas, ordenadas por los Gobiernos.

¡Cómo observarán el mandamiento: «Honra á tu padre y á tu madre,» si ignoran lo que significa la palabra honrar?

En cuanto á la aplicacion de este último

(1) La Iglesia salvará á la cristiandad; y al mundo de una manera muy distinta de la que se piensa generalmente. Por ahora, no puede hablar á los hombres, que no quieren escucharla: es preciso, que ella se dirija primero á los católicos, que tienen el deber de oirla; y, gracias á la secta, no queda ya ni un solo poder católico en Europa. Por lo que respecta á la diplomacia, me parece que M. Urquhart se equivoca, cuando dice, que de ella «depende la salvacion ó perdicion de las naciones.» En nuestros dias, poco ó nada es la diplomacia; pues se limita á conspirar con la secta, ó bien, á sancionar todos los crímenes que ella comete.

(2) Esta observacion es muy justa; más, en tanto, que la secta sea dueña de nuestros hijos, nosotros no podemos discutir con alguna utilidad práctica la cuestion acerca de la manera de educarlos cristianamente.

mandamiento, tengo el honor de estar de acuerdo con el Papa, que me dió el encargo, durante mi estancia en Roma, de trazar un plan de enseñanza; plan, que no solo mereció la aprobación de Su Santidad, sino que manifestó la intención de ponerlo en práctica, empezando por Roma misma.

Después, se ha dignado enviarme un breve, para acusarme el recibo del folleto, que os envío, y que trata de la urbanidad. En este mismo momento, me esfuerzo constantemente, por medio de conversaciones y de conferencias, en persuadir á mis conciudadanos, á que adopten las ideas y prácticas consignadas en el bosquejo hecho en Roma; y les hago notar ciertos defectos e incivilidad de que ellos no se daban cuenta.

En el país, de donde yo os escribo, se puede dar á los niños la educación que se quiera; lo cual no impide, que la joven generación esté muy mal educada, y poor, aun, que la generacion adulta, en todo lo que concierne al mandamiento «honrar padre y madre.» Los adultos, á su vez, no han sido mejor educados en el derecho cristiano en materia de guerra; y son, por consiguiente, incapaces de enseñarlo á sus hijos. Veréis por una carta que he dirigido á un padre dominico, hasta que punto los ingleses están ciegos acerca de esa materia, y en cuanto esa ceguera explica, ya como causa, ya como efecto, la parte que ha tomado nuestro país en el olvido del Derecho de Gentes.

No obstante ser ya muy extensa esta carta, no puedo menos de añadir todavía algunas palabras, sobre otra cuestion importantísima, que tratais en vuestro artículo, intitulado *El Porvenir*. Encuentro en él un hecho notabilísimo, que yo no conocia; la respuesta dada por el Czar á la diputacion de la *Alianza universal*. Me regocijo de que os hayais convenido, por ese incidente, de la adhesion del Czar á la Franc-Masoneria: esta persuasion es ya mucho, en cierto sentido, pero, en realidad, muy poco; porque es preciso saber, que esa alianza ha existido siempre, y que este hecho nos explica la historia moderna: no se trata de la persona del Soberano de la Rusia, sino del gabinete de San Petersburgo.

Kossuth, antes de convertirse en agente ruso, se expresaba de esta suerte: «No hay gabinete, ni club, en donde la Rusia no tenga un agente.» Con efecto; en el sentido, de que la Rusia, ha sabido siempre dirigir

los movimientos de las sociedades secretas, hácia sus propios fines, y en su interés, se descubre, desde luego, una secreta alianza. Pero la alianza es patente, aunque no condenada, en el sentido, de que, la politica rusa tiene el mismo objeto que los Jefes de la Franc-Masoneria. Esta aspira á la destruccion del Papado, para levantar la se-dicente Iglesia rusa, personificada en el Czar, sobre las ruinas de la Iglesia Católica. Así, la dominacion rusa sería la preponderancia de una religion identificada con el Estado, y enseñaria, como dogma, la obediencia absoluta y ciega al Estado. (1)

Los viejos católicos, «en ese concepto, están ya evidentemente rufinados; y los judios penetrados de las mismas ideas. Una dama católica irlandesa, que actualmente se halla en Baviera, acaba de darme detalles de una conversacion, que tuvo con un judio, persona de distincion. Los pensamientos de este judio son idénticos á los que ha expresado M. Loyson (antes el padre Jacinto), en un discurso pronunciado en Génova. Las palabras de uno y otro parecen caldadas sobre las de M. Andres Luis Mazzini, en su obra titulada: *la Italia en sus relaciones con la libertad moderna y la civilizacion*, donde dice: «La Rusia, que todo debe esperar lo de

(1) Indudablemente, todo esto es verdad; el respetable M. Urquhart juzga con rápida ojeada de águila la politica de la Rusia. Pero la juzga en el concepto de la antigua diplomacia—este cuerpo ántes tan respetable y hoy tan decayido—en donde él hizo, no sin gloria, sus primeros estudios. Hoy, la Rusia está carcomida por la secta; y lo que dijo Napoleon I: «Sondead al ruso, y descubrireis al Tártaro.» esto es, al absolutista, no tiene sentido. Ahora, más exacto fuera decir: «Sondead al Tártaro y descubrireis al sectario.» Dentro de poco, los *inmortales* principios del 89, harán su entrada triunfal en San Petersburgo, donde, no tardarán en disolver y castigar el desvario ambicioso de la supremacía de la Iglesia rusa, sobre la Iglesia católica. La emancipacion de sus siervos será utilizada por la secta anticristiana, porque, á pesar de la santidad del objeto, y de las intenciones del Czar, no ha sabido apoyar esa gran medida cristiana, en lo interior, por una politica cristiana, en el exterior.

un trastorno general de la Europa, y que no aguarda sino la ocasion de una guerra para apoderarse de Constantinopla, no tardará en invadir impunemente la Europa; y describe, en seguida, la lucha, que se trabará entre la Rusia y la Revolucion. Si esta última succumbiera, establece como única alternativa: «La sujecion de la Europa á un gran principe de procedencia autocrática, y cuyo jefe absoluto sería el emperador de Rusia: á la vez, *Rey y Pontífice*.»

Además, añade: «La gran idea para el porvenir de Europa, es la fusion, la unidad de todas las razas, de todos los pueblos, de todos los principes, de todos los intereses. *Importa poco, que esta idea se realice por un principe democrático ó autocrático.*»

M. Loyson opina, que la revolucion de 1789 «fue providencial,» porque introdujo la libertad religiosa, «la libertad de conciencia.» Para él, consiste el ideal, en la separacion de la Iglesia y del Estado, «á fin de que los diversos creyentes, y las diversas Iglesias de un mismo país, puedan moverse con libertad é igualdad, bajo la égida de una misma ley.»

El judío de que hemos hablado, y al cual se le dice, si se interesaba, en la empresa, que pretende devolver á su nacion su antigua herencia, respondió: «¡Oh! no; esas ideas son anticuadas. La Tierra-Santa, la ley de Moisés, no eran sino simbolos de un estado futuro, y nosotros esperamos gozar desde luego, de las promesas de nuestros profetas. Todos los judios, á excepcion de un corto numero de viejos creyentes, que esperan siempre la venida de un Mesias en persona, están persuadidos, de que no debemos esperar ver al Mesias en persona, sino, que el verdadero reinado, predicho en nuestras escrituras, no es otra cosa, que el estado social, que comienza ya á realizarse; es decir, el principio de la libertad religiosa para todos; para vos, así como para mí. Un Gobierno para todos, bajo la égida del cual, se tenga derecho á creer todo lo que plazca; hé ahí el Mesias, y su reinado sobre la tierra. Nosotros dirigimos nuestras miradas hácia Jerusalem, es verdad, cuando oramos, porque Jerusalem es aún el simbolo de un solo jefe, que dará la libertad á todos.» (1)

(1) El Anticristo. Esas son las ideas de los judios franc-masones, y M. Salvador se

Esos sentimientos y doctrinas favorecen los designios de la Rusia; pues son, á la vez, el punto de apoyo y la palanca de su politica.

El medio de obrar de la Rusia, constantemente ha sido el mismo; ha encontrado un proceder muy sencillo, y que siempre ha empleado con éxito: transformar el mundo europeo, que, según ella, solo hace un siglo, que «ha entrado en su segunda infancia.» (Estas son las palabras con que Pedro el Grande empieza su testamento). La Rusia fomenta secretamente los motivos y las guerras civiles; y se declara amiga de los reyes. La Rusia suscita guerras entre las naciones; y se dice «pacificadora de la Europa.» Trabaja en todas partes, valiéndose de todos los medios, en favor de la revolucion. Ayuda á propagar toda idea perversa, toda doctrina subversiva. Aspira á trastornarlo todo, para edificar su grandeza sobre las ruinas de la Europa, y, sin embargo, se jacta de ser la gran potencia conservadora.

La Rusia ha hecho imprimir por millares y repartir, entre sus súbditos católicos, la carta pastoral del Obispo de Orleans, contra la oportunidad de la definición de la infalibilidad (1).

Si los católicos conocieren mejor su religion y el derecho canónico, jamás la Rusia pudiera bisonjarse de haberlos engañado, acerca de sus designios, y de su caracter.

El catecismo ruso enseña, que la obediencia al Emperador debe ser absoluta. He publicado ese catecismo, hace treinta años; la palabra «adoracion» es la única que se emplea al tratar de la obediencia al Emperador; y en seguida define la palabra, adoracion, diciendo: que esta obediencia ha de ser *entera, pasiva é ilimitada.* La Santa Alianza fué obra de la Rusia; y por ese tratado, cuyas palabras son otras tantas blasfemias, abrió la *Era nueva*, que data del Congreso de Viena. En ese congreso obró como amiga del Papa, apoyando, jun-

hace el órgano de ellas, en muchas de sus obras, entre otras, en la que lleva por titulo: *Paris, Roma, Jerusalem.*

(1) En concepto del Czar, jefe de una religion cismática, esta definición era ciertamente *inopportuna*. El error encuentra siempre *inopportuna* é *importuna* la verdad.

tamente con los demás soberanos, sus reclamaciones cerca del Austria, para la restitución de sus Estados. Antes de fines del mismo año, la Rusia se puso á la cabeza de una alianza de soberanos, que hizo una declaración en forma, contra la existencia misma del Papado, y las prerogativas de la Sede pontificia. Esta alianza la formaron tres soberanos, de los cuales el uno era griego, otro protestante y otro católico. (A los que se agregaron, más tarde, otro soberano católico, el rey de Francia, y las repúblicas protestantes, la Holanda y la Suiza.) Esos tres soberanos, se decían hermanos, que gobernaban, á la vez, tres ramas de una misma familia, y de una misma nación cristiana; nación, que reconocia por soberano á Jesucristo; y confesaron, que «la nación cristiana, de la cual ellos y sus pueblos forman parte, no posea, en verdad, otro soberano, que aquel á quien solo pertenece todo poder, etc.»

El objeto de esta alianza, se conoció mas tarde. La Rusia, en una serie de congresos, se ha introducido por todas partes en Europa, con ánimo, en apariencia, de aniquilar las revoluciones, pero, en realidad, de producir, como ha producido, el actual estado de cosas.

No trataré de explicarme mas por extenso, porque en defecto de la explicacion, os enviaré un ejemplar de la *Revista diplomática*, en donde hallaréis algunas cartas, sobre «la Internacional y la Rusia.» Esas cartas no son, en verdad, sino un débil bosquejo; y todos mis escritos, acerca de esa materia, son en inglés. Si no os es agena esta lengua, serios decirme: entónces podré enviaros, entre otras cosas, un discurso pronunciado en la Cámara de los Comunes, en 1848, que versa sobre: «El Gobierno extra-nacional de la Europa,» donde predije lo que vos mismo habéis indicado en vuestro artículo, titulado «el Porvenir» la extinción de la independencia de cada país por un congreso. El Czar anuncia hoy un congreso, sin esperar el consentimiento de los que debían formarlo. A ello se ve obligado por la petición de una sociedad secreta, sociedad, que, como no ignorais, la componen conspiradores y revolucionarios; pero, que

«la opinion pública» llama filantrópica y amiga de la humanidad.

Mas, no es esto todo. Si el objeto general de ese congreso, se descubre en el programa de la *Alianza Universal*, el principe Gortschakoff ha dejado entrever, que es otro; y éste es, nada ménos, que acabar lo comenzado por la declaración de Paris, esto es, hacer imposible toda guerra marítima, de tal suerte, que las potencias militares queden solas dueñas del mundo.

Después de mi llegada á Inglaterra, hace seis semanas, procedente de la Suiza, en donde residí, he trabajado con mis amigos, y con las comisiones de negocios extranjeros, en preparar un movimiento para derribar la Declaracion de Paris. La Rusia trabajaba tambien, á su vez, pero en sentido contrario.

Recibida la noticia del Congreso de Bruselas, no cesamos de trabajar dia y noche, en apartar de nuestra patria ese nuevo peligro. Pero el peligro, no es ménos eminente para la Francia. Una de sus mayores garantías de salvacion consiste, en recobrar su poder marítimo, con el cual podria no solo hacer frente á la Prusia y Rusia, sino hasta dominarlas.

¿No podríais, por vuestra parte, hacer algo, para abrir los ojos á los franceses? Dos artículos han aparecido en la *Asamblea Nacional*, en la *Union*, en la *Revista de Grenoble*, etc., hace ya algunos meses, pidiendo la abrogacion de la Declaracion de Paris. Hay personas que comprenden, más ó ménos, esa cuestion; pero, por el momento, el peligro principal consiste, en que el gobierno, ahora en manos del Duque de Decazes (nombre de mal agüero), haga creer á la nacion, que la Rusia quiere tomarla bajo su proteccion, y que, por lo mismo, es preciso asegurarse, no importa por cuales sacrificios, tan poderosa alianza.

Para descubrir ese complot, es preciso comprender la politica de la Rusia, lo que vale su palabra, y cual es su verdadero objeto.

Tengo el honor de ser etc., etc.

DAVID URQUHART.

(*Journal de Florence*, 9 y 10 eneró 1875.)

EL VEN. HERM. VOLTAIRE (1).

I.

No hay nombre alguno, que la secta anticristiana haya explotado con más fortuna, que el de Voltaire. De este hombre, que *Paris coronó* y que *Sodoma hubiera repudiado* (2), la secta anticristiana, ha hecho un héroe y le presenta á las muchedumbres, como un idolo digno de su incienso. El idolo no puede ser más miserable, ya que, por confesion propia, Voltaire *pasó toda su vida cometiendo locuras* (3), y todas sus obras no son otra cosa, que una conspiracion perpetua contra la verdad. Empero, la secta se ha empeñado en adornar su idolo, en pintarnos su vida como la de un hombre, «cuyo amor al género humano fué una verdadera pasion (4);» y cuyas obras despertaron la razon, y nos emanciparon del fanatismo; y merced á este artificio, el idolo ha recibido incienso, y ha tenido adoradores en el seno de una sociedad pervertida. No nos sorprende, empero, esta pérdida transformacion de la vida y de las obras de semejante monstruo. ¿Acaso no recomiendo Voltaire á sus adeptos, que mintieran, como él lo hacia, «no con timidez, y en ciertos casos, sino con osadía, y en todo tiempo (5)?»

Mas nosotros, que ninguna necesidad tenemos de mentir, puesto que la verdad es

nuestra causa, queremos, con la historia en la mano, arrancarle al idolo sus adornos, y á sus obras los comentarios falaces, y presentarle en su espantosa desnudez, para entregarlo luego á la reprobacion universal. Al leer su vida, le vemos entregado á todos los excesos de una impiedad, que llega hasta los mas horribles sacrilegios, hasta la crueldad y la sed de sangre; si examinamos sus obras y sus conferencias en ellas la más insigne mala fé, unida á un furor diabólico contra la ley adorable, que trajo á la tierra el Hombre Dios, á quien Voltaire, desde el abismo de su nada, se atrevió á llamar *infame*. Vamos á escoger algunos de sus principales rasgos, entre los mil, que pudiéramos ofrecer á nuestros lectores, para arrojar ese epíteto de *infame* sobre la cabeza de su autor, sobre sus obras, y sobre la secta execrable, que abusa del nombre de Voltaire para seducir á los ignorantes. Empecemos por demostrar, que Voltaire *fué, por su corazón, el último de los hombres*, como decia su sobrina madama Denis.

II.

Ese malvado, conocido con el nombre de Voltaire, no tuvo, bajo este nombre, ni mayores, ni sucesores. Tomó este nombre sonoro de una pequeña propiedad, que heredó de su madre, ménos para satisfacer su vanidad, que para cubrir las vergonzosas acciones con que, desde su juventud, habia manchado su primer y verdadero nombre de Arouet; persuadido, á tal extremo llegó su pequeñez, de que si habia sido desgraciado con el primero, seria con el segundo más afortunado. Y, en verdad, ¡á la tierra solamente correspondia dar un nombre á ese monstruo de desorden y de impiedad.

A los treinta y cuatro años de edad,

(1) Es sabido, que Voltaire estaba inscrito en la Logia de Paris: *dos Nuevas hermanas*.

(2) J. de Maistre. *Veladas de San Petersburgo*, t. I.

(3) Carta de Voltaire á Cideville, 3 de setiembre 1733.

(4) Vida de Voltaire, por el Ven. Herm. Condorcet.

(5) Carta á Thiriot, 21 de octubre 1736.